

comprados y vendidos con la tierra que labraban, — á los tiempos en que vivimos, ¡ cuán inmensa es la diferencia, cuán notable el contraste! ¡ Realmente, no debiera ser cosa difícil poner fin á las influencias satánicas de la prodigalidad, la embriaguez, y la imprevisión!

CAPÍTULO IV.

MEDIOS PARA ECONOMIZAR.

La confianza en sí mismo y la abnegación de sí mismo enseñarán al hombre á beber de su propia cisterna, y comer su propio pan sabroso, y á aprender y trabajar de buena fe para lograr su subsistencia, y á economizar y gastar cuidadosamente las buenas cosas confiadas á su cuidado. — LORD BACON.

¡ Ama, pues, el trabajo! si no lo necesitas para alimentarte, lo podrás necesitar para tu salud. Es saludable para el cuerpo, y bueno para el espíritu: impide que nazcan los frutos de la ociosidad. — GUILLERMO PENN.

El padre que no enseña una profesión á su hijo, le enseña á ser ladrón. — ESCRITURAS BRAHMÍNICAS.

Los que dicen: "no puede hacerse," no saben probablemente que muchas de las clases trabajadoras tienen entradas considerablemente mayores que las de algunos hombres que ejercen profesiones y carreras.

En esto no hay ningún secreto. Se publica en los libros azules, se da como testimonio ante las comisiones del Parlamento, se informa por los periódicos. Cualquiera dueño de minas de carbón, ó propietario de fundiciones de hierro, ó dueño de telares de algodón, os puede informar sobre los elevados salarios que paga á sus operarios.

Familias empleadas en la fabricación del algodón pueden ganar como salario más de tres libras esterlinas por semana, según el número de niños empleados (1). Su entrada anual ascenderá de ese modo á unas ciento cincuenta libras esterlinas, ó sea más que las entradas de muchos hombres de carrera; más que el promedio de los cirujanos del campo, más que el promedio del clero y los sacerdotes de todas las denominaciones, más que el promedio de los maestros de las escuelas municipales, más, probablemente que el promedio de los ingresos de las clases medias del Reino Unido, en general.

Un patrón, en Blackburn, nos informa que muchas personas ganan más de cinco libras esterlinas por semana, ó una entrada promedio de doscientas sesenta libras esterlinas al año. Dice que esas familias "no debieran gastar más de tres libras por semana. Las demás debieran economizarse. Pero la mayor parte de ellas, después de alimentarse y de vestirse, gastaban el sobrante en bebidas y disipación."

Los salarios son iguales en el distrito Burnley, donde la comida, la bebida y el vestirse absorbe la mayor parte de los sueldos de los operarios. En este, como en otros distritos fabriles prevalece la costumbre de que los jóvenes (operarios de fábrica) pagan casa y manutención á sus padres, "y esto es muy perjudicial para la autoridad paterna." Otra persona me dice: "Los salarios aumentan: como hay más dinero, y más tiempo en qué gastarlo, no está en crecimiento la sobriedad, especialmente entre las mujeres."

Los operarios empleados en las manufacturas de algodón reciben como cuarenta chelines por semana, y algunos hasta sesenta (2), además de la cantidad ganada por sus hijos.

(1) En el "Libro Azul" se da relación de siete familias empleadas por Enrique Ashworth, de New Cayley Mills, Lancashire, titulada: "Informe de la Exposición Universal de París, 1867, conteniendo las relaciones relativas á la Nueva Orden de Recompensas", p. 163. De las siete familias, los menores salarios ganados por cada una eran de dos libras esterlinas, catorce chelines y seis peniques; y los más altos, de tres libras y diez y nueve chelines por semana.

(2) Véase el "Libro Azul" citado, p. 57, en que se certifican los salarios pagados por Bliss ó hijo, de la fábrica de algodón de Chipping Norton.

Un buen mecánico en una máquina de taller gana de treinta y cinco á cuarenta y cinco chelines por semana, y algunos mecánicos ganan salarios mucho más elevados. Multiplicad estos números, y se verá que ascienden á un ingreso anual de ciento á ciento veinte libras esterlinas.

Pero á los mineros carboneros y á los obreros en hierro se les pagan salarios mucho más altos. Uno de los patrones de fundición publicó recientemente en los periódicos los nombres de ciertos mineros de carbón empleados por él, y que recibían de cuatro á cinco libras esterlinas por semana, ó sea igual á un ingreso anual de doscientas á doscientas cincuenta libras esterlinas (1).

Á los operarios en hierro se les paga un salario más elevado. Un estirador de planchas gana fácilmente trescientas libras esterlinas al año. Los estiradores en las fábricas de rieles ganan á menudo mucho más. En tiempos atareados han ganado de siete á diez guineas por semana, ó sea de trescientas á quinientas al año. Pero, al igual de los operarios en las fábricas de algodón, son muchas veces ayudados por sus hijos los operarios en hierro, á quienes se les pagan también salarios crecidos. De ese modo, las segundas manos son generalmente muchachos de catorce años para arriba, que ganan unos diez y nueve chelines por semana, y los auxiliares son muchachos

(1) Ricardo Fothergell, individuo del Parlamento, publicó una carta después, de la que extractamos lo siguiente: — "No hay duda que esos salarios parecerán crecidos á dependientes y personas educadas, que después de haber recibido una educación costosa tienen á menudo que luchar mucho para ganarse el pan; pero son los salarios legítimos de un trabajo manual firme; y tengo el placer de agregar que, mientras que todos los mineros de carbón juiciosos y bien dispuestos, de buena salud, podrían ganar igualmente salarios buenos, centenares ganan tanto y más en Gales del Sud. Una prueba de ello es un juicioso minero carbonero que está en un empleo, con sus dos hijos que viven en casa, cuya boleta de pago mensual ha promediado treinta libras esterlinas en los últimos doce meses. Tengo conocimiento de otro juicioso minero de carbón, ayudado por su hijo, que ha ganado en los cinco meses pasados un promedio de veinte libras esterlinas mensualmente, y con los salarios de su trabajo manual como minero carbonero común — porque en todo me refiero solamente á los mineros y á los foguistas — ha construido quince casas buenas, y, no haciendo caso de las amenazas, continúa en sus hábitos de laboriosidad reposada, con la que espera acumular una independencia para su familia por lo menos."

menores de catorce años, que ganan como nueve chelines por semana.

Estos salarios son más altos que las entradas promedias de las clases que ejercen profesiones. Los estiradores de rieles pueden ganar un sueldo igual al de tenientes coroneles de los Guardias de á pie de Su Majestad; los estiradores de láminas igual al de los comandantes de infantería; y los fundidores igual al de los tenientes y ayudantes.

Goldsmith ha hablado del cura del campo que "pasaba por rico con cuarenta libras esterlinas al año." Las entradas de los curatos han aumentado indudablemente desde la época en que escribió Goldsmith, pero no tanto como las entradas de los operarios diestros en un oficio, ó peones comunes. Si los curas trabajaran solamente por dinero, cambiarían de seguro su vocación, y se harían mineros carboneros y trabajadores en hierro.

Cuando el autor de este libro visitó á Renfrewshire hace unos cuantos años, ganaban los mineros carboneros de diez á catorce chelines al día. Según opinión general, estaban "haciendo dinero como máquinas de acuñar moneda." Para ofrecer un ejemplo: un padre y sus tres hijos ganaban sesenta libras esterlinas al mes; ó igual á una entrada de más de setecientas libras esterlinas al año. El padre era un hombre sobrio, juicioso, y "que se ayudaba." Mientras duraron los salarios crecidos era el primero en entrar en la mina por la mañana, y el último que la dejaba por la noche. Sólo perdió cinco días en el año (1873-4), habiendo sido ocasionada la pérdida por los días de fiesta y de ayuno. Creyendo que el período de salarios crecidos no podía durar mucho, trabajaron él y sus hijos todo lo que podían. Economizaron una buena cantidad, y compraron algunas casas; además de educarse á sí mismos para ocupar posiciones más elevadas.

En la misma vecindad, ganaba otro minero carbonero con cuatro hijos, casi la misma suma de dinero por cabeza, esto es, como setenta y cinco libras esterlinas al mes, ó novecientas libras esterlinas al año. Esta familia compró cinco casas en un

año, y ahorró al mismo tiempo bastante dinero. Lo último que hemos sabido de ellos, es que el padre está de contratista, que ocupa unos sesenta mineros carboneros y "reddsmen" (1), y se le daba un tanto por cada tonelada de carbón puesta en el dique. Los hijos cuidaban los intereses del padre. Todos eran hombres sobrios, activos y sensatos, y tomaban gran interés en el adelanto de las personas de su vecindad.

Al mismo tiempo que estas dos familias de mineros carboneros adelantaban, no sucedía lo mismo con la mayor parte de sus compañeros. Sólo trabajaban estos unos tres días á la semana. Algunos gastaban sus salarios en las casas públicas; otros hacían "una jarana de whiskey" á orillas del mar. Con este objeto alquilaban todos los birlochos, calesas, volantas, ó "máquinas," unos quince días antes. Los resultados se veían conforme llegaban sucesivamente las mañanas de los lunes. El magistrado estaba en un pueblo vecino, donde le eran llevados para ser juzgados, un número de hombres y de mujeres, con ojos amoratados y azules, y las cabezas rotas. Antes de la época de los salarios crecidos, terminaban los asuntos del tribunal en una hora: algunas veces no había causas. Pero cuando los salarios aumentaron al doble, apenas podían terminar los magistrados en todo el día los asuntos. Parecía que los salarios aumentados significaban más ociosidad, más whiskey y más cabezas rotas.

Estos fueron indudablemente "tiempos bonancibles" para los mineros carboneros, quienes hubieran podido hacer pequeñas fortunas, si hubiesen tenido la necesaria abnegación de sí mismos. Muchos de los hombres que trabajaban para extraer el carbón permanecían ociosos tres ó cuatro días de la semana; mientras que aquellos que quemaban el carbón, perecían de hambre y de frío por falta de él. Los operarios que no eran mineros carboneros, recordarán por mucho tiempo ese período como la época del *hambre del carbón*. Cuando duraba aún fué

(1) *Reddsmen* son hombres que limpian el camino para los mineros carboneros. Levantan los residuos (*débris*) y construyen el techo en el sistema de muro largo conforme van adelantando las carboneras.

lord Elcho á Tranent — pueblo del East Lothian — para hablar en público á los mineros carboneros sobre su prodigalidad, su ociosidad, y los arreglos que intentaban realizar para que continuaran los altos precios del carbón.

Tuvo el valor moral — cualidad tan escasa en estos días — de decir á sus comitentes algunas verdades duras pero honradas. Discutió con ellos sobre el *hambre del carbón*, y el deseo de ellos por prolongarla. Trabajaban tres días por semana, y vagaban los demás días. Algunos de ellos no daban un golpe de pico durante una semana ó una quincena; otros se daban unos cien días de fiesta al año, sin contar los domingos. ¿Pero qué es lo que hacían con el dinero que ganaban? ¿Lo guardaban para los días malos, ó, cuando los “tiempos bonancibles ya no existieran,” estaban preparándose para volver á los salarios bajos? Vió que un hombre con sus dos hijos, ganaban siete libras esterlinas por quincena.” “Me agradaría, dijo, que esos escoceses que están ocupados en las minas, se aprovecharan de estos afortunados tiempos, y que se esforzaran con su laboriosidad para elevarse sobre su actual posición; que practicasen la ayuda propia, que adquiriesen propiedad, y si posible fuese, que llegasen á ser ellos mismos patronos de minas de carbón.”

Se había dicho en un periódico que un minero ganaba salarios iguales á los de un capitán, y que un muchacho minero ganaba lo mismo que un teniente al servicio de Su Majestad. “Sólo se, — dijo lord Elcho, — que tengo un hijo que cuando entró al servicio de Su Majestad, era abanderado y que su sueldo — para ganar el cual había tenido que pagar quinientas libras esterlinas por el sistema de comprar los empleos, — no era el sueldo que recibíais en tiempos malos, — y este era solamente de cinco chelines al día.” Podría decirse que el minero carbonero expone su vida al ganar sus sueldos; pero el soldado lo hace así mismo; y el valiente joven á quien se refería lord Elcho, perdió después su vida en la campaña contra los Ashantees.

Los tiempos de salarios crecidos no dejaron una impresión

muy buena en el espíritu público. Los precios se elevaron, el nivel moral bajó; y el trabajo que se hacía, se hacía mal. Hubo un deterioro notable en el carácter del trabajo británico. Principiamos á confiar demasiado en el extranjero. El tráfico fué destruído en gran parte, y se experimentó una enorme pérdida de capital, tanto por los operarios como por los patronos. Lord Aberdare era de opinión que se habían perdido tres millones de libras esterlinas *solamente por los operarios*, durante la última huelga en Gales del Sur. Hubo ocasión en que estuvieron en forzoso ocio ciento veinte mil obreros, y se perdieron ciento cincuenta mil libras esterlinas por semana de salarios, durante el tiempo que permanecieron en huelga.

Lo que piensan los patronos sobre el reciente relampagueo de “prosperidad”, es fácil de comprender. Pero quizá no estará de más transcribir alguna de las relaciones de ciertos correspondales. Dice un patrón, que emplea muchos operarios en el Lancashire del Sur: “La embriaguez aumenta, y la violencia personal no es bastante. Los salarios elevados y el sufragio popular llegaron al pueblo antes que la educación lo hubiera preparado para este cambio.”

En una fábrica de hierro cerca de Newcastle, donde á los obreros se les pagaban los salarios más elevados por estirar láminas y rieles — y donde ganaban de tres á cuatrocientas libras esterlinas al año — dicen los dueños: “Exceptuando unos cuantos casos, tememos que los operarios y sus familias gastan casi todo lo que ganan.” Otro patrón del Staffordshire del Sur dice: “En los más de los casos gastan todo su sueldo los hombres empleados en las fábricas de hierro antes que concluya la siguiente semana. Hay algunas excepciones, naturalmente; pero son muy pocas.” Otro de Gales del Sur, dice: “Por lo que respecta á los hábitos económicos de los hombres, hay una minoría pequeña que son arreglados y económicos; generalmente invierten su dinero en comprar cabañas. Pero la mayor parte de los hombres gastan á menudo su dinero antes que lo hayan ganado, y esto del modo más atolondrado. Grandes sumas se emplean en bebidas; esto conduce

hacia la ociosidad; y, debido á la bebida y á la ociosidad, quedan sin operarios las fábricas hasta eso del miércoles de cada semana, cuando la mayor parte de los más dispuestos para la holganza han conseguido volver á ser sobrios. Por supuesto que cuando los salarios son bajos, trabajan los hombres con más regularidad. Hay menos afán por beber, y en todo sentido es más sana la condición del lugar, tanto en sentido moral como en sentido físico.

Otra persona observa, que los mineros de Bilston son unos seis mil, y que gastan más de cincuenta mil libras esterlinas anualmente en comprar cerveza y bebidas espirituosas. Su imprevisión puede estudiarse con provecho en el mercado de Bilston. Ningún mercado está provisto con mejores aves, ó con mayor abundancia, comparativamente á la población; y esto es principalmente, si no por completo, para el consumo de las clases trabajadoras, por que los habitantes residentes que no están directamente asociados con esas clases, son un corto número. Hombres sucios y de mala apariencia se ven allí los domingos, comprando gallinas, patos y gansos, para su comida; y algunas veces, llevan cerveza fuerte embotellada, y vino. Sin embargo, tienen tan poco en reserva, que si dejaran de trabajar las fábricas, principiarian antes de quince días á llevar á las casas de empeño sus pequeños ajuares, y sus ropas, para comprar sus alimentos.

Mr. Chambers, de Edimburgo, en su descripción de las clases trabajadoras del Sunderland, hace las siguientes observaciones: "Con gran pesar menciono que en todas partes sólo se oye la misma historia. Prevalece muchísimo la intemperancia; los buenos salarios son despilfarrados en bajos placeres y goces; hay poco cuidado por el mañana, y el hospicio es el último refugio. Se me mostró un hombre, operario de una fábrica de hierro, que durante años habia ganado un salario de una guinea al día, ó seis guineas por semana; todo lo habia gastado en su mayor parte en bebidas espirituosas, y ahora estaba reducido á un departamento inferior ganando una libra esterlina por semana."

Se nos ocurre otro ejemplo. Un dependiente de Blaskburn alquiló una casa por veinte libras esterlinas al año, y subarrendó el piso bajo á un operario de factoria por una renta de cinco libras esterlinas al año. El dependiente tenia mujer, cuatro hijos, y sirvienta; el operario tenia mujer y cinco hijos. El dependiente y su familia estaban bien vestidos, sus hijos iban á la escuela y todos iban los domingos á la iglesia. Los de la familia del operario iban, algunos á la factoria, otros á la calle, pero ninguno á la escuela; estaban mal vestidos, escepto los domingos, cuando sacaban sus ropas de la casa de empeño. Cuando llegaba el sábado, estaban en la casa baja en continuo trajin las cacerolas hasta el lunes por la noche; y con la misma regularidad iban los martes los lios de ropa á la casa de empeño. Sin embargo, la renta de la familia que vivía en los altos de la casa era de cien libras esterlinas al año, y la entrada de la familia de abajo era de cincuenta libras más; esto es, de ciento cincuenta libras esterlinas al año.

Solia decir un patrón de la misma vecindad: "Yo no puedo soportar el gasto de cordero, salmón, patos, y guisantes, patatas frescas, fresas, y cosas por el estilo, hasta después de tres ó cuatro semanas que mis operarios han estado consumiendo estos primores de la estación."

Apenas puede creerse el egoísmo intenso, la prodigalidad, y la locura de estos operarios á quienes se les pagan sueldos crecidos. Se critica con frecuencia la costumbre de llamar "clases bajas" á los operarios; pero "clases bajas" han de ser siempre, mientras continúen manifestando semejante apetito sensual y tal imprevisión. En casos semejantes, no es únicamente un gran pecado, sino que es una gran *crueledad*. En el caso de un padre de familia, que ha sido causa de que vengan al mundo un número de seres desamparados, es cobarde y egoísta en el mayor grado gastar el dinero en goces personales, tales como las bebidas, que no hacen bien alguno al padre, ni á la madre, y á los hijos un inmenso é irreparable daño con el mal ejemplo hereditario. El padre se enferma, se queda sin trabajo, y en el acto están sus hijos privados de los medios de subsis-

tencia. El padre descuidado, ni siquiera ha tenido la precaución de entrar á una sociedad de socorros; y mientras está enfermo se hallan sufriendo los dolores del hambre su mujer y sus hijos. Si muere, quedan las infelices criaturas á cargo de la caridad de los extraños, ó con la miserable ración arrancada al arancel de pobres.

Debiera parecer que de poco debe servir estar predicando la atención de los derechos á un pueblo tan supinamente indiferente respecto de su propio bienestar; que está realmente indiferente á lo que se refiere á su propia elevación. Los amigos de los trabajadores debieran decirles lealmente que han de practicar la prudencia, la economía y la abnegación, si quieren realmente elevarse del egoísta envilecimiento, y ser elevados á la dignidad de seres pensantes. Sólo por la práctica de los principios de dependencia propia pueden llegar á adquirir la dignidad, la estabilidad y la consideración en la sociedad, ó adquirir aquella influencia y poder para levantarlos en la escala del bienestar social.

Brown, el zapatero de Oxford, era de opinión que " un buen obrero era el hombre más independiente en la sociedad. " Al menos, así debiera serlo. Siempre tiene un mercado para sus aptitudes; y si es ordinariamente activo, sobrio, é inteligente, puede ser útil, sano y feliz. Haciendo uso económicamente de sus recursos, puede vestirse bien, vivir bien, y educar á sus hijos honrosamente, si gana de treinta á cuarenta chelines por semana. Hugo Miller nunca tuvo más de veinte y cuatro chelines por semana mientras trabajó como jornalero albañil, y he aquí el resultado de su experiencia de quince años:

" Permitidme decir, pues parece estar muy de moda hacer pinturas dolorosas sobre la condición de las clases trabajadoras, que desde el fin del primer año en que trabajé como jornalero hasta que me despedí del martillo y del cincel, nunca supe lo que era faltarme un chelín; que mis dos tíos, mi abuelo, y el albañil con quien hice mi aprendizaje todos hombres trabajadores, habían tenido igual experiencia; y que también lo fué la experiencia de mi padre. No puedo dudar que en casos excep-

cionales puedan estar expuestos á necesidades algunos obreros meritorios; pero no puedo dudar menos que los casos son raros, y que mucha parte del sufrimiento de la clase es consecuencia de la imprevisión de aquellos que son competentemente hábiles, ó de una carrera de frivolidad durante el término del aprendizaje, tan común como la frivolidad en la escuela, que siempre colocan á aquellos que disfrutaban en ello, en la posición desgraciada del operario inferior. "

Desconsuela ver que tantos de los operarios mejor pagados del reino, gasten una parte tan grande de lo que ganan en goces personales y en satisfacciones sensuales. Muchos gastan un tercio, y otros la mitad de lo que ganan, en bebidas espirituosas. Sería considerado como monstruosa por parte de cualquier hombre cuya suerte le ha tocado entre las clases educadas, si exhibiera semejante grado de goce egoísta, y gastar aunque no fuese sino la cuarta parte de sus entradas en objetos en que no tuvieran participación ni su mujer ni sus hijos.

Preguntó recientemente Mr. Roebuck en un *meeting* público: (1) " ¿ Porqué ha de ser un individuo grosero, ordinario, y brutal el hombre que gana 200 à 300 libras esterlinas al año con un trabajo manual? No hay razón ninguna para que sea así. ¿ Porqué no había de ser igual á un caballero? ¿ Porqué no había de ser su casa igual á la mía? Cuando regreso á mi casa después de mis quehaceres, ¿ qué encuentro? Encuentro una esposa amable; encuentro una mujer delicada y educada. Tengo una hija que es lo mismo. ¿ Porqué no habéis de encontrar en vuestro hogar las mismas influencias felices? Quisiera saber, ¿ porqué el operario, cuando vuelve á su hogar después del trabajo no ha de encontrar á su mujer bien vestida, aseada, cariñosa y bondadosa, y lo mismo á su hija?... Todos sabemos que muchos obreros que ganan buenos salarios, gastan su dinero en las tabernas y en la embriaguez, en vez de hacerlo en vestir á sus mujeres y sus familias. ¿ Por qué no han de poder

(1) Meeting de los Institutos de los obreros, en Dewsbury, Yorkshire.

gastar estos hombres sus salarios como yo gasto mi pequeño estipendio, en placeres intelectuales, en reunirme con mi familia en ocupaciones intelectuales? ¿Por qué los operarios después de disfrutar de su comida y de dar gracias á Dios por lo que han obtenido, no han de dirigir su atención á los goces intelectuales, en vez de ir á embriagarse á la taberna más inmediata? Estad seguros de esto, estas cosas debieran ir derechas al corazón del trabajador; y no es amigo del operario quien le habla y le hace creer que es un grande hombre en el Estado, y que no le dice cuáles son los deberes de su posición."

Es difícil explicarse el derroche y despilfarro de los obreros. Deben ser los restos hereditarios del salvaje primitivo. Debe ser algo que renace, que reaparece en él. El salvaje se harta de comida y de bebida hasta que todo se ha consumido, y en seguida se va á la caza ó á la guerra. Ó puede ser que sea el repercuir de la esclavitud en el Estado. La esclavitud fué una de las primeras instituciones humanas. El hombre fuerte hacía que trabajara para él el hombre débil. La raza guerrera subyugaba á la raza menos guerrera, y la hacía esclava. Por eso existió la esclavitud desde los tiempos más remotos. En Grecia y en Roma se hacía la guerra con los hombres libres, el trabajo por los ilotas y los siervos. Pero la esclavitud existía también en la familia. La mujer era la esclava del marido tanto como el esclavo que él compraba en el mercado público.

La esclavitud existió mucho tiempo entre nosotros. Existía cuando la invasión de César. Existía en los tiempos de los sajones, cuando las labores de la casa eran hechas por esclavos. Los sajones eran notorios traficantes de esclavos, y los irlandeses eran sus mejores parroquianos. El principal emporio estaba en Bristol, de donde los sajones exportaban gran número de esclavos á Irlanda, de tal modo que según los historiadores irlandeses, difícilmente había una casa en Irlanda sin un esclavo británico.

Cuando los normandos tomaron posesión de Inglaterra, con-

tinuaron con la esclavitud. Hicieron esclavos á los mismos sajones á quienes sentenciaron á ser villanos y siervos. El libro de Domesday demuestra que el impuesto del mercado de Lewes en Sussex era un penique por una vaca, y cuatro por un esclavo; no un siervo (*adscriptus glebæ*), sino un esclavo. Desde entonces continuó la esclavitud con diferentes formas. Consta por documentos de "los buenos tiempos pasados," que hasta el reinado de Enrique IV, (1399-1413), á los villanos, labradores, y mecánicos no les fué permitido por la ley poner sus hijos en la escuela; y mucho después de esto, no se atrevían á educar á un hijo para la iglesia sin un permiso del señor (1). Los reyes de Inglaterra, en sus contiendas con la aristocracia feudal, relajaron gradualmente las leyes sobre la esclavitud. Concedían privilegios fundando "Burgos Reales," y cuando los esclavos huían á ellos, y podían esconderse allí durante un año y un día, quedaban desde entonces como libertos del burgo, y eran declarados libres por la ley.

Los últimos siervos de Inglaterra fueron emancipados en el reinado de la reina Isabel; pero los últimos siervos de Escocia, no fueron emancipados hasta el reinado de Jorge III, á fines del siglo pasado. Antes de eso pertenecían al suelo los mineros carboneros y los salineros. Eran comprados y vendidos con él. No tenían facultad para determinar cuál sería su salario. Al igual de los esclavos de los Estados sudistas de la América del Norte, aceptaban meramente el sostén que era suficiente para mantener en orden sus musculos y sus nervios.

Jamás se les pedía que economizaran para ningún fin, pues no tenían derecho alguno á sus propias economías. No necesitaban proveer para mañana; sus amos proveían para ellos; de ese modo se formó el hábito de la imprevisión, y aun continúa. Los mineros carboneros escoceses, que ganaban últimamente de diez á catorce chelines diarios, son nietos de hombres que fueron esclavos hasta fines del siglo pasado. El preámbulo del Acta pasada en 1799 (39 Geo. III, c. 56), dice así: "Por

(1) Henry, *Historia de Inglaterra*, libro V, capítulo 4º.

cuanto, antes de dar la Acta del quince de la actual Majestad, muchos mineros carboneros, cargadores de carbón, y salineros, *pertenecían durante su vida, y eran transferibles con las námas de carbón y los salitrales en que trabajaban*, pero que por la dicha Acta se les quitó su servidumbre y fueron declarados libres, á pesar de lo cual continúan aún en estado de servidumbre muchos mineros de carbón, cargadores de carbón, y salitreros, por no haber dado cumplimiento á las disposiciones del Acta, ó por haber incurrido en las penas que dicha Acta imponía," etc. En seguida continúa la nueva Acta declarándolos libres de toda servidumbre. Antes no ganaban los esclavos sino lo suficiente para mantenerse, y nada economizaban para el porvenir. Por eso decíamos que la imprevisión de los mineros de carbón, como la de los trabajadores en hierro, es como una reaparición sólo del sistema de la esclavitud en nuestra constitución política.

Las cosas han cambiado por completo. El operario es completamente libre, cualquiera que sea su ocupación. La única esclavitud que sufre, es su pasión por la bebida. Á este propósito se parece aún á los esquimales y á los indios norte americanos. ¿Quiere ser realmente libre? Entonces debe practicar los deberes de un hombre libre y responsable. Debe practicar el dominio sobre sí mismo y coartar ciertas inclinaciones propias, y sacrificar los goces personales del momento por otros de una clase mucho más elevada. Únicamente por el respeto propio y el dominio de sí mismo, puede elevarse la posición del operario.

El operario tiene ahora más de ciudadano que nunca tuvo. Es un poder reconocido, y ha sido admitido bajo la protección de la constitución. Existen para él en abundancia institutos mecánicos, periódicos, sociedades de beneficencia, y todas los agentes modernos de la civilización. Es admitido en el terreno de la inteligencia; y de tiempo en tiempo salen de su clase grandes pensadores, artistas, ingenieros, filósofos, y poetas, para proclamar que la inteligencia no pertenece á una sola clase, y que la nobleza no es de un orden exclusivo. Las in-

fluencias de la civilización están conmoviendo á la sociedad hasta en sus más profundos cimientos; y se están dando testimonios diarios de la elevación de las clases industriales á una posición de poder social. El descontento puede manifestarse, y lo hace; pero el descontento sólo es la condición necesaria del mejoramiento; porque un hombre no se sentirá estimulado para elevarse á una condición más alta, á menos que se sienta descontento con la condición más baja de la cual quiere salir. Estar satisfecho es descansar; mientras que, estar racionalmente descontento es esforzarse, trabajar, y obrar, teniendo en vista un adelanto futuro.

Las mismas clases obreras se valoran demasiado poco. Aunque reciban salarios ó sueldos más elevados que el promedio que ganan los hombres de carrera, no tienen muchos de ellos sin embargo, más pensamiento que vivir en casas malas, y gastar su tiempo y dinero sobrante en la bebida. Parece que carecieran de respeto por sí mismos como del que deben á su clase. Tienen la idea de que hay algo de degradante en el trabajo; y nada puede ser más falso que esto. Todo trabajo es dignificante y honroso; el ocioso, sobre todos los demás es quien carece de dignidad y de honradez.

"Que el obrero, dice Mr. Sterling, trate de unir su tarea diaria, por obscura que sea, con los pensamientos más elevados que pueda, y con ellos asegurará la justicia de su existencia á su mayor bien. Por no haberlo hecho el obrero, y porque otros han dejado de ayudarle como debieran, la condición del trabajo ha sido unida, hasta ahora, con lo bajo y degradante. »

Con respecto á la remuneración, como ya lo hemos dicho, están mejor pagados el promedio de obreros y artesanos expertos que el promedio de los sacerdotes de las parroquias. El maquinista está mejor remunerado que el abanderado de un regimiento de servicio activo. El capataz, en cualquiera de nuestros grandes establecimientos fabriles, está mejor pagado que un cirujano del ejército. El alisador de rieles recibe más de una guinea al día, mientras que un cirujano segundo de la

marina recibe catorce chelines, y después de tres años de servicio, viene y un chelines, con raciones. La mayoría de los sacerdotes disidentes están mucho peor remunerados que las clases mejores de obreros; y el promedio de escribientes empleados en los escritorios y almacenes reciben sueldos mucho más reducidos.

Los obreros hábiles podrían, si tuviesen voluntad para ello, ocupar una posición social tan elevada como la de las clases educadas á que nos referimos. ¿Qué les impide levantarse? Meramente el que no quieren ocupar sus ocios en cultivar su espíritu. Tienen suficiente dinero: es cultura lo que les falta. Debieran saber que la posición de los hombres en la sociedad no depende tanto de lo que ganan como de su carácter y de su inteligencia. Por descuidar las abundantes oportunidades, — porque son pródigos y gastan lo que ganan en goces materiales, — porque se niegan á cultivar la parte más elevada de su naturaleza, son excluidos, ó más bien se excluyen á sí mismos, de los privilegios sociales á que tienen derecho.

Á pesar de sus crecidos salarios, se aferran en su mayor parte al vestido, al lenguaje y á las maneras de su clase. Se presentan en sus horas libres, con trajes sucios y sin lavarse las manos. Por experto que sea un obrero, está dispuesto á descender su espíritu y su carácter al más bajo nivel de sus compañeros de trabajo.

Hasta el dinero de más que gana por su mayor habilidad, contribuye á menudo á desmoralizarle y á degradarle. Y sin embargo, podría vestirse tan bien, vivir tan bien, y estar rodeado de las comodidades materiales y de las satisfacciones intelectuales de los hombres de carrera. Pero; no! De semana á semana disipa sus ganancias. No ahorra ni un centavo; es una víctima de las tabernas, y cuando el trabajo escasea, y su cuerpo se enferma, no tiene más refugio que el asilo.

¿Cómo pueden curarse estos males enormes? Algunos dicen que por medio de una educación mejor; otros que por la ins-

trucción moral religiosa; otros que con mejores alojamientos, y mujeres y madres mejores. Es indudable que todas estas influencias contribuirán mucho al mejoramiento del pueblo. Hay algo perfectamente claro, y es que prevalece una inmensa ignorancia, y que esa ignorancia debe desaparecer antes que las clases bajas puedan elevarse. Todo su carácter debe cambiar, y deben aprender en el principio de su vida á tener hábitos de previsión y de dominio sobre sí mismos.

Oímos á menudo que “saber es poder;” pero nunca oímos que la ignorancia es poder. Y sin embargo, la ignorancia ha tenido siempre en el mundo más poder que el saber. La ignorancia domina. Las malas inclinaciones de los hombres hacen que existan las costosas instituciones represivas de los gobiernos modernos.

La ignorancia arma á los hombres unos contra los otros; provee á las cárceles y penitenciarias; á la policía y á sus comisarías. Toda la fuerza material del Estado está provista por la ignorancia; es requerida por la ignorancia, y frecuentemente la maneja sólo la ignorancia. Bien podemos confesar, pues, que la ignorancia es poder.

La ignorancia es poderosa, porque hasta ahora no ha tenido el saber acceso sino en el espíritu del menor número. Haced que el saber se difunda con más generalidad; haced que la multitud se eduque, y sea cuidadosa y discreta, y entonces adquirirá el saber ascendencia sobre la ignorancia. Pero ese tiempo no ha llegado aún.

Ved las estadísticas del crimen, y hallaréis que, por cada hombre que posea cierta discreción ó saber, que ha cometido un crimen, hay cien ignorantes. Ó en la estadística de la embriaguez é imprevisión de todas clases; allí también predomina la ignorancia. Ó en los anales del pauperismo, allí otra vez la ignorancia es poder.

Las causas principales de ansiedad en este país son el sufrimiento y el malestar social producidos por la ignorancia. Para mitigarlos formamos asociaciones, organizamos sociedades,

gastamos dinero y trabajo en comisiones. Pero el poder de la ignorancia es demasiado grande para nosotros. Casi nos desesperamos mientras trabajamos. Sentimos que mucha de nuestra labor queda desperdiciada. Muchas veces estamos prontos á renunciar desesperados, y á retroceder ante nuestro encuentro con el imperio del mal.

“ ¡ Cuán poderosas son las palabras de verdad ! ” exclamó Job. ¡ Sí ! Pero con igual justicia pudo haber dicho — “ ¡ Cuán poderosas son las palabras falsas ! ” Las palabras falsas tienen más poder sobre los espíritus ignorantes que las palabras veraces. Se amoldan en los cerebros falsos, prevenidos, y vacíos, y tienen poder sobre ellos. Á menudo no tienen para ellos sentido las palabras de la verdad, ni más ni menos que si fuesen palabras de algún idioma muerto. Los pensamientos del hombre sabio no alcanzan á la multitud, sino que pasan volando por encima de sus cabezas. Solamente los menos los comprenden hasta el momento presente.

Los fisiólogos podrán discutir las leyes de higiene, y la “ Comisión de Higiene ” podrá escribir folletos para que circulen entre el pueblo; pero la mitad de las personas no llegan ni á poder leer; y de la otra mitad sólo una proporción muy pequeña tiene el hábito de *pensar*. De esa manera quedan sin observancia las leyes de higiene, y cuando llega la fiebre, encuentra un vasto campo donde poder obrar, en calles y fondos de casas sin albañales, sucios y malsanos, distritos repugnantes y pestilentes, habitaciones inmundas y asquerosas, grandes poblaciones mal provistas de agua limpia y de aire puro. Allí hace bárbara cosecha la muerte; muchas desamparadas viudas y criaturas tienen que ser mantenidas con los fondos de los pobres; y entonces nos confesamos con repugnancia que la ignorancia es poder.

El único método de aminorar este poder de la ignorancia, es acrecentar el del saber. Conforme se eleva el sol en el firmamento, desaparece la obscuridad, y huyen de la luz la lechuza, el murciélago, y las aves de rapiña. Dad instrucción al pueblo, dadle mejor educación, y de ese modo disminuirá el cri-

men, y desaparecerán hasta cierto punto la embriaguez, la imprevisión, el desórden, y todos los poderes del mal (1).

Con todo, debe reconocerse que no es bastante la educación. El hombre capaz puede ser un bribón inteligente; y cuanto más capacidad, será un bribón tanto más vivo. La educación, pues, deberá basarse sobre la religión y la moral; porque la educación por sí sola no borrará las inclinaciones perversas. La cultura de la inteligencia tiene poco efecto sobre la conducta moral. Podéis ver hombres capaces, educados, y de instrucción literaria, que no tienen proceder buenos, despilfarrados, imprevisores, ebrios, y viciosos. Se deduce, pues, que la educación debe estar basada sobre los principios de la religión y de la moral.

Ni tampoco tiene tanto que hacer la pobreza de las personas con su degradación social, como se supone comunmente. La cuestión es esencialmente moral. Si las entradas de la comunidad trabajadora fuesen dobles de lo que son, no aumentaría por eso necesariamente su felicidad; porque la felicidad no está en el dinero. En realidad, los salarios aumentados resultarían ser quizá una maldición en vez de una bendición. Para muchos, habría un consumo mayor de bebida, con los resultados acostumbrados; un aumento de violencia de la em-

(1) Los recientes informes de Mr. Tremehere al secretario de Estado en el departamento del Interior, con respecto de la condición de la población en los distritos de minas de hierro y de carbón, demuestra que tiene gran confianza en los efectos de la educación. El testimonio que ha reunido de todos lados del país, demuestra que el aumento de la inmoralidad con el aumento de los salarios era atribuido á los gastos y deseos bajos del pueblo. — que la negativa obstinada de los individuos á no poner en ejercicio más de dos terceras partes de sus facultades racionales para trabajar con lo que el costo de la producción se aumentaba, el capital estropeado, y cargado al público, debíase á la misma causa, — que su disposición para ser la presa de los unionistas y agitadores, se puede encontrar en su carencia de los más elementales principios de pensar, — que la mayor parte de los accidentes que ocurren cada semana, son ocasionados por su estupidez é ignorancia — que donde quiera que han adelantado en conocimientos se han hecho más expertos, más obedientes y más laboriosos. Estos hechos han convencido á los patrones más juiciosos y previsores, de que los únicos medios seguros de mantener su terreno contra la competencia que le hace cada vez más el extranjero, y alejar una crisis social, consisten en reformar el carácter de la generación de obreros que está creciendo, por medio de la educación.

briaguez, y probablemente un aumento de criminalidad.

El difunto M. Clay, capellán de la casa de corrección de Preston, después de caracterizar la embriaguez como un GRAN PECADO, continúa: "Aun se levanta en hostilidad salvaje contra todo lo que está unido al orden y á la religión; aun obstruye toda avenida por la cual tratan de penetrar la verdad y la paz en el corazón del hogar y en el corazón del hombre pobre.... Cualquiera que sea la causa predominante del crimen, es evidente que la ignorancia, la ignorancia religiosa, es el ingrediente que más influye en el carácter del criminal. Este se une á la pasión por la bebida, y faltas y ofensas innumerables son engendradas por esta unión."

Sir Arturo Helps, hablando de los salarios crecidos y bajos, y de los medios de adquirir y gastar el dinero, se expresa de esta manera sobre el asunto, en sus "Amigos en el consejo."

"Tengo la convicción de que todos los años se dan en toda Inglaterra salarios, con la presente tasa baja, que son suficientes para hacer completamente distinta de lo que es en la actualidad la condición de los trabajadores pobres. Pero estos salarios tienen que ser gastados debidamente. No quiero decir que los pobres puedan efectuar por sí solos este cambio; pero si fuesen secundados por el consejo, la instrucción, y la ayuda (no de dinero, ni en dinero prestado que produzca el interés del día) de las clases superiores á ellos, podrían los pobres realizar por sí mismos lo demás. Y en realidad, todo lo que los ricos pudieran hacer para elevar á los pobres, apenas podría igualar la ventaja que se ganaría por los pobres mismos, si pudieran dominar completamente ese vicio de la embriaguez; el más destructor de todos los vicios.

"En el vivir de los pobres (como efectivamente en el de todos nosotros) hay que considerar dos cosas: cómo conseguir dinero, y cómo gastarlo. Ahora bien, yo creo, y me lo confirma la experiencia de los patrones, que se ve frecuentemente que los individuos que ganan veinte chelines por semana, no viven mejor ni economizan más, que el individuo que tiene catorce chelines; siendo iguales su número y demás cir-

cunstancias en las familias de ambos individuos. Es probable que, á menos que tenga bastante prudencia y reflexión, no sabrá qué hacer con el dinero aquel que reciba más que el promedio de su clase, ó sólo encontrará en ella un medio de satisfacer su deseo por la bebida, superior al que poseen sus compañeros."

Con todo, y á pesar de las circunstancias desconsoladoras á que nos hemos referido, debemos creer que más adelante, y conforme se mejore la indole del hombre por la educación — seglar, moral, y religiosa — podrán ser inducidos á hacer mejor uso de sus recursos, por consideraciones de prudencia, de previsión y responsabilidad paternas. Un escritor alemán habla de la educación que se da á un niño como de *un capital* — equivalente á un depósito de dinero — puesto á su orden por el padre. El niño cuando llegue á la virilidad, puede usar la educación conforme podría emplear el dinero, mal; pero ese no es un argumento contra la posesión de cualquiera de las dos cosas. Por supuesto, el valor de la educación, lo mismo que el dinero, está principalmente en hacer un uso conveniente de él. Y una de las ventajas del saber es que su misma adquisición tiende á aumentar la capacidad de acrecentarlo, lo cual no es ciertamente lo mismo, en la acumulación de dinero.

La educación es siempre una ventaja para el hombre, cualquiera que sea el modo de obtenerla. Hasta como medio de adelantar materialmente, es digna de que se la busque; por no decir nada de sus aplicaciones morales como factor para elevar el carácter y la inteligencia. Y si la composición entre las naciones industriales debe ser antes de mucho una contienda principalmente de la inteligencia, según la idea en que persiste el doctor Lyon Playfair, es obvio que Inglaterra debe aumentar los medios de educar á sus clases industriales, ó prepararse á quedarse atrás en el progreso industrial de las naciones.

"De poco serviría á la paz y felicidad de la sociedad, dijo el doctor Brewster de Edimburgo, que las grandes verdades del mundo material fueran limitadas á los educados y á los

sabios. Cesaria de ser un bien la organización de la ciencia si así fuera limitada. El saber laico, y el saber divino, la corriente doble de la sangre vital del hombre intelectual, no debe descender meramente á través de las grandes arterias del cuerpo social, tiene que ser recibida por los más pequeños capilares antes que pueda nutrir y purificar á la sociedad. El saber es al mismo tiempo el maná y la medicina de nuestra existencia moral. Donde el crimen es veneno, el saber es el antídoto. La sociedad podrá salvarse de la peste y podrá sobrevivir al hambre; pero el demonio de la ignorancia, con sus horrendos ayudantes del vicio y del desenfreno, la perseguirá hasta en sus más tranquilos retiros, destruyendo nuestras instituciones, y convirtiendo en un desierto el paraíso de la vida social y doméstica. El Estado, pues, tiene que llenar un gran debér. Así como castiga el crimen, está obligado á prevenirlo. Así como nos somete á las leyes, debe enseñar también las nobles verdades que manifiestan el poder y la sabiduría del gran LEGISLADOR, difundiendo así el saber mientras que está aumentando la educación, haciendo de ese modo satisfechos, felices y humildes á los hombres, mientras los hace súbditos, pacíficos y obedientes.”

Ya se ha dado un paso, un comienzo á esto con la educación pública escolar. Mucho queda aún por hacer para establecer el sistema en todo el imperio. Actualmente no podemos juzgar los efectos de lo que se ha hecho. Pero si la educación general realiza y produce en Inglaterra lo que ya ha realizado en Alemania, se mejorará inmensamente el carácter de este pueblo dentro de los veinte años venideros. La educación ha desterrado casi del todo la embriaguez de Alemania; y si Inglaterra no tuviera la embriaguez, el despilfarro, y la atolondrada multiplicación, serian comparativamente triviales nuestras miserias sociales.

Debemos creer, pues, que conforme se aumenta la inteligencia en la clase trabajadora, y según prevalece un tono moral mejor en ella, habrá una mejora rápida en hábitos sobrios y previsores; porque estos forman los cimientos más firmes y seguros del adelanto social. Hay un creciente deseo,

por parte de los espíritus más avanzados en la sociedad, por ver que los operarios ocupen la legitima posición que les corresponde. Aquellos que ejecutan el trabajo de la sociedad, que producen, bajo la dirección de los más inteligentes entre ellos, la riqueza de la nación, tienen títulos para ocupar un puesto mucho más elevado del que hasta ahora han tomado. Creemos en ese “buen tiempo venidero” para los obreros, hombres y mujeres, cuando penetre en ellos una atmósfera de inteligencia — cuando den pruebas de ser tan ilustrados, corteses é independientes como las otras clases de la sociedad, y como paso primero y más seguro hacia este objetivo, les aconsejamos que PROVEAN — que provean para lo futuro lo mismo que para el presente — que provean, en la época de la juventud y de la abundancia, contra las épocas de adversidad, de infortunio y de ancianidad.

“Si alguien se propone mejorar su condición, dijo el difunto Guillermo Felkin, Intendente de Nottingham, que antes había sido obrero, “debe ganar todo lo que pueda, gastar lo menos que pueda, y hacer que lo que gaste, le proporcione á él y á su familia toda la fruición verdadera que es posible. El primer ahorro que hace un operario de lo que gana es el primer paso, y por ser el primero, es el paso más importante hacia la verdadera independencia. Ahora bien, la independencia es tan posible de practicar por un operario laborioso y económico aunque pobre de origen, como por un traficante ó comerciante, y es un bien tan grande como estimable. Debe observarse el mismo procedimiento, esto es, que todo el gasto sea menor que el ingreso, que todas las exigencias sean tenidas en cuenta, y provistas cuidadosamente, y que al sobrante se le considere como objeto sagrado, para ser empleado en aquellas cosas, y tan sólo en ellas, que el deber ó la conciencia indiquen como importantes ó deseables. Esto requiere un curso de laborioso esfuerzo y estricta economía, un poco de previsión y tal vez alguna privación. Pero esto es únicamente lo que corresponde á todos los objetos deseables. Y como yo se lo mismo que cualquier operario de aquellos á quienes me dirijo,

lo que es trabajar durante largas horas con las manos, y por salarios cortos, y practicar además la abnegación de sí mismo, me siento animado á declarar por experiencia propia, que la ventaja de la independencia, ó más bien la dependencia propia, por la que abogo, es infinitamente más valiosa que todo lo que cuesta su adquisición; y, además, que el adquirirla en un grado mayor ó menor, según las circunstancias, depende de la voluntad del mayor número de los operarios expertos ocupados en nuestras manufacturas. ”

CAPÍTULO V.

EJEMPLOS DE AHORRO.

Los ejemplos demuestran la posibilidad del éxito.
COLTON.

El poder de su mérito propio, se abre paso. — SHAKESPEARE

Lector, considerad, si vuestra alma se eleva al vuelo de la fantasía más allá del Polo, ó si en esta obscura vivienda vil y mala, persigue á tientas un fin rastrero; sabed que el prudente y vigilante dominio sobre sí mismo, es la raíz de la sabiduría. — BURNS.

En la familia, como en el Estado, es la economía la mejor fuente de la riqueza. — CICERÓN.

La verdadera acción, es consecuencia de la verdadera fe; pero una fe sincera y verdadera no puede ser sostenida, profundizada y aumentada, sino en una carrera de verdadera acción. — M. COMBES.

El ahorro es el espíritu de orden aplicado á la administración y á la organización domésticas. Su fin es administrar con prudencia los recursos de la familia; impedir el despilfarro, y evitar los gastos inútiles. El ahorro está bajo la influencia de la razón y de la previsión, y nunca obra á la ventura ó por puro capricho. Se esfuerza por hacer lo más y lo mejor en todo. No economiza dinero por el gusto de guardar. Hace sacrificios alegremente en beneficio presente de otros; ó se so-